



LEWIS CARROLL

Lewis Carroll: espejo deformante de la Inglaterra victoriana

por Santiago R. Santerbás*



A la izquierda, Alice fotografiada por Carroll en 1862.
Dibujo de Lewis Carroll realizado por H. Furniss (derecha).

Charles Lutwidge Dodgson, el celeberrimo creador de «Alicia en el país de las maravillas» bajo el seudónimo de Lewis Carroll, fue fruto y pasto a la vez de la época victoriana que le tocó en suerte vivir. Clérigo puritano, profesor de matemáticas, fotógrafo, amante de las niñas y escritor genial, la de Dodgson-Carroll es una de esas personalidades únicas y controvertidas que desafían constantemente a los estudiosos. El autor de este artículo es uno de ellos, y propone a los lectores de CLIJ un sugerente y clarificador itinerario a través de la contradictoria biografía de Lewis Carroll.

ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS, VICENS-VIVES, MADRID, 1988.

Como es sabido, la expresión «era victoriana» define y acota el período de la historia inglesa comprendido entre 1837 y 1901, fechas respectivas de la ascensión al trono y de la muerte de la reina Victoria. Durante ese largo reinado, Inglaterra llega a ser el país más rico y poderoso del orbe. La población de Gran Bretaña se triplica; en 1901 alcanza los treinta y dos millones de habitantes. La Union Jack, símbolo del imperio, ondea en todos los continentes y sobre todas las razas humanas. Y *Rule, Britannia*, la canción patriótica compuesta por Thomas Arne y James Thomson en 1740, se convierte en una especie de segundo himno nacional que proclama una verdad incuestionable: el dominio inglés de los siete mares.

Pero esa grandeza tiene su reverso. La revolución industrial no ha modificado sustancialmente la distribución de la riqueza: en 1871, la cuarta parte del territorio británico pertenece a sólo mil doscientos individuos. También resulta sorprendente comprobar que, a mediados de siglo, con un censo de veinte millones de habitantes, casi dos millones son obreros agrícolas; y no menos asombroso es advertir que el segundo sector laboral en orden cuantitativo —algo más de un millón de personas— lo forman los sirvientes domésticos. La condición de los obreros industriales de las grandes ciudades varía sensiblemente: en el extremo superior del proletariado urbano encontramos obreros especializados que integran una clase decente y respetable y que viven con modestas comodidades; en el extremo inferior de la escala social proliferan la miseria, la ignorancia, la brutalidad, el alcoholismo y la prostitución.

Quien deseara conocer los aspectos más sórdidos y degradantes de la In-



Lewis Carroll.

ALICIA EN EL PAIS DE LAS MARAVILLAS, EDIVAL, VALLADOLID, 1978.

glaterra victoriana podría visitar el alucinante Black Museum de Scotland Yard; o recurrir a los lúcidos ensayos de Henry Mayhew; o bien al libro *London/A Pilgrimage* (1872), escrito por el periodista británico William Blanchard Jerrold e ilustrado por el dibujante francés Gustave Doré. Podría igualmente leer a Charles Dickens; y en la lectura de Dickens, siempre aconsejable, no sólo hallaría interpretaciones sociológicas, sino además satisfacciones estéticas. Sin embargo, pecaría de ingenuo y mal avisado si pretendiera descubrir la realidad victoriana reflejada en los engañosos espejos deformantes del reverendo Charles Lutwidge Dodgson, más conocido por el seudónimo de Lewis Carroll.

Infancia en la rectoría

Charles Lutwidge Dodgson nació el 27 de enero de 1832 en Daresbury, pequeña localidad de Cheshire —condado célebre por sus quesos y, años más tarde, por el gato risueño que aparecería en las aventuras de Alicia—, donde su padre, el reverendo Charles Dodgson, ejercía de párroco de la iglesia anglicana. El reverendo y su esposa, Frances Jane Lutwidge, tuvieron once hijos: siete hembras y cuatro varones. Esa prodigiosa fecundidad no era anómala en el siglo pasado; lo que resulta insólito es que, en una época de elevada mortalidad infantil, los once hijos del matrimonio alcanzaran la edad adulta, y algunos, la más proveya anciani-

LEWIS CARROLL



ALICIA PARA NIÑOS. LIBERTARIAS, MADRID, 1990.



J. TENNIEL. ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS. LIBERTARIAS, MADRID, 1990.

dad. Charles Lutwidge fue el tercero de todos ellos y el primero de los varones.

En 1843 la familia Dodgson se trasladó a Croft, un pueblo de Yorkshire. Durante su permanencia en la rectoría de Croft, el pequeño Charles Lutwidge ofrece las primeras de su imaginación creadora. Dirige, redacta, ilustra y manufactura diversas revistas de ámbito familiar: *El Cometa*, *Poesía útil e instructiva*, *El Paraguas de la Rectoría*.¹ Y, lo que es aún más significativo, inventa juegos para la distracción de sus hermanos: propone adivinanzas en verso, escribe cartas de derecha a izquierda que deben ser leídas con ayuda de un espejo, plantea paradojas matemáticas, establece las reglas de un viaje en un ferrocarril imaginario, traza laberintos sobre la nieve que cubre el jardín de la rectoría.

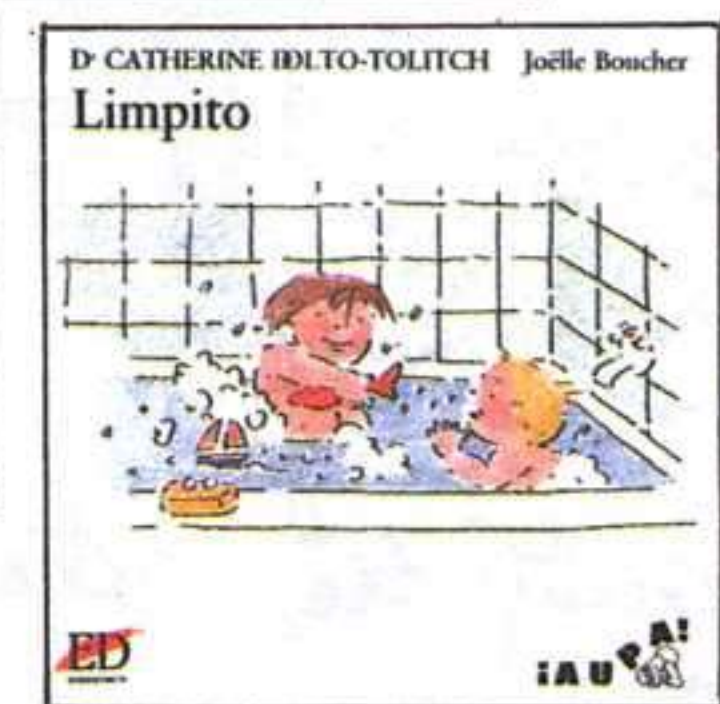
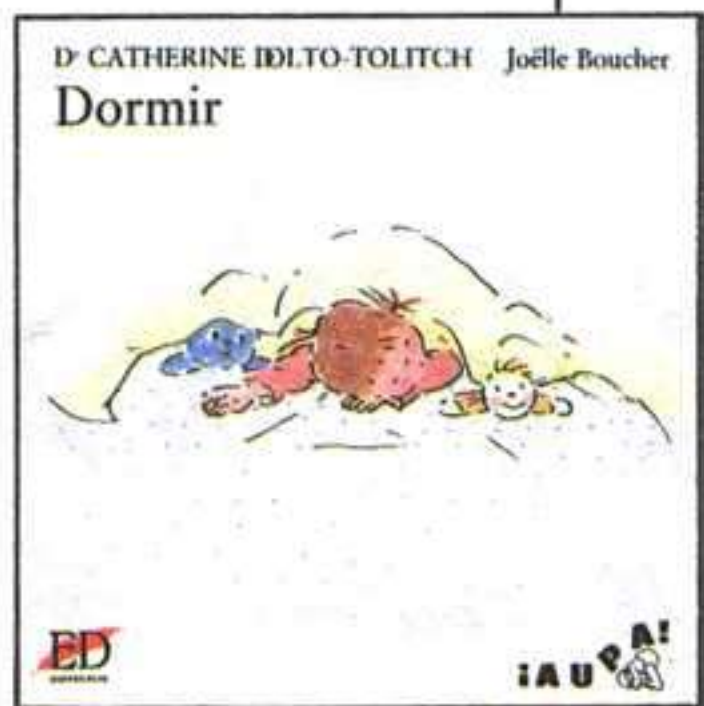
Esa portentosa capacidad inventiva —y no me refiero a la invención literaria, sino a la mecánica o a la simplemente lúdica— no le abandonará jamás a lo largo de su vida. E incluso él mismo se la atribuirá, en términos caricaturescos, a algunos de sus seres de ficción. Así, por ejemplo, el «Profesor» de *Silvia y Bruno*, la última y

más extensa de sus obras narrativas, inventa unas botas para protegerse de la lluvia horizontal, un baño portátil para turistas activos, un megaloscopio para examinar a animales de gran-

des dimensiones, un método de elaboración de luz negra y un reloj que puede influir en el tiempo, haciéndole retroceder al pasado o discurrir en sentido inverso. Y «Mein Herr», otro personaje de la misma novela, describe teatros subacuáticos a prueba de incendios, vehículos con ruedas ovaladas que se balancean como barcos, productos sólidos más ligeros que el aire, mapas de igual tamaño que el territorio cartografiado y bolsas químicas cuyo contenido está a la vez dentro y fuera de ellas.

Oxford

En 1851, Charles Lutwidge Dodgson ingresa como alumno interno en el Christ Church College de Oxford. Salvo en períodos de vacaciones o a causa de algún viaje esporádico —sólo efectuaría un viaje al extranjero, en 1867, y nada menos que a Rusia—, el antiguo y prestigioso colegio oxoniense será la residencia habitual de Dodgson el resto de su vida: primero, como estudiante; luego, como postgraduado; finalmente, como profesor adjunto de matemáticas.



¡AURPA!

SIN darnos cuenta, en 12 láminas, aprendemos a ser grandes. Por primera vez, un médico, Catherine Dolto Tolich, se dirige directamente con imágenes a los muy pequeños y les enseña buenas costumbres con las cuales crecerán.

Es una manera de ser tanto con uno mismo como con los demás.

A partir de 18 meses.

EDICIONES

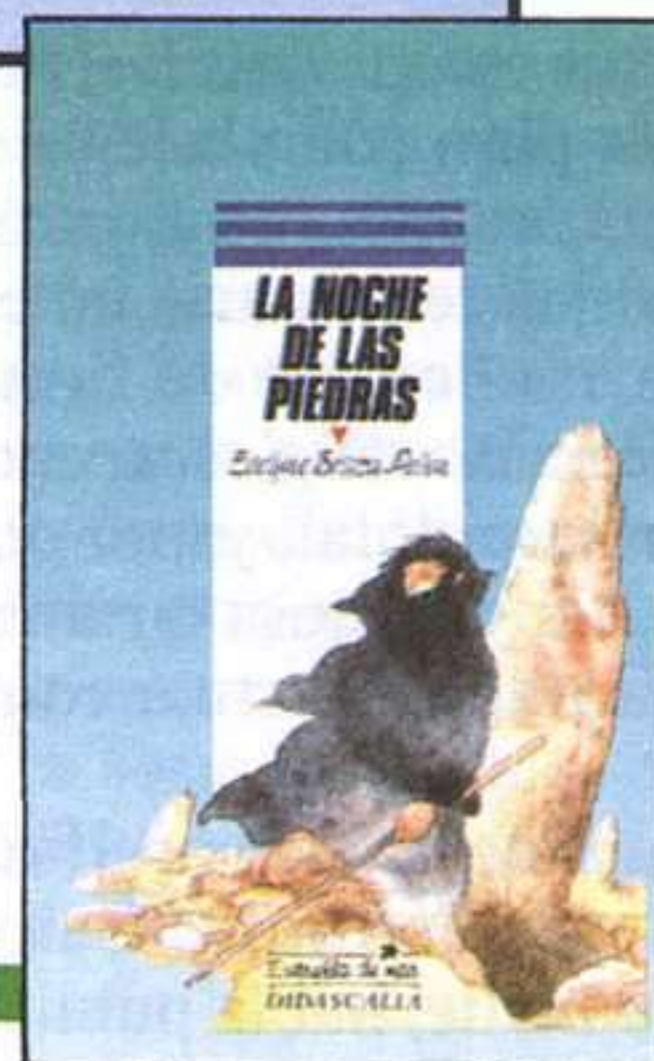
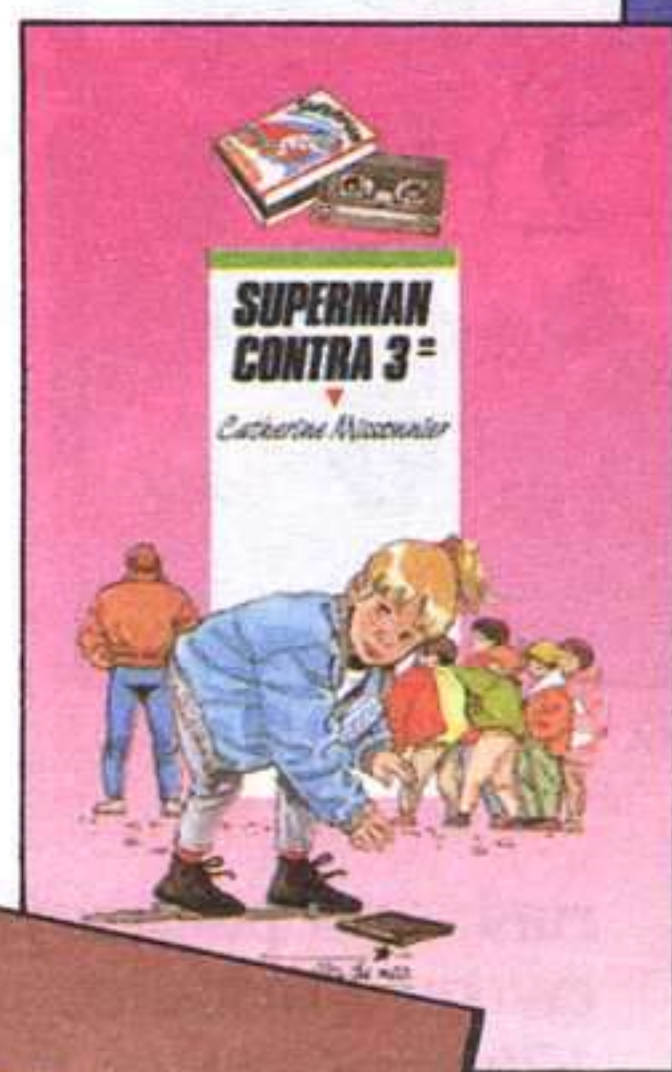
DIDASCALIA

PLAZA CIUDAD DE SALTA, 3 - 28043 - MADRID (ESPAÑA)

NOVEDAD

Títulos publicados

- *El diario secreto de Marina*
- *La balada del perro lobo*
- *Huellas en la nieve*
- *La captura de César*
- *Las aventuras de un perro perdido*
- *Atención al Rastro*
- *La ciudad de las brumas*
- *Un misterio de chocolate*






— ★ —
Estrella de mar


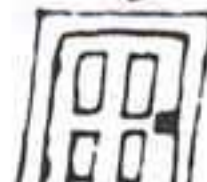




The 



My  Ina,




Though  don't give
birthday presents, still 



April
... write a birthday 


June
 came 2 your  2

wish U many happy returns
of the day,  the  met



me,  took me for a ,

 hunted me  and 

till  could hardly 

However somehow  got

into the ,  there

a  met me  took me


for  a  d pelted me


with ,   ,

  . Of course  ran
into the street again,  a


 met me  took me
for a ,  dragged me

all the way 2 the 

 the worst of all was when

a  met me  took

me for a  . I was

harnessed 2 it,  had
2 draw it miles and miles,

all the way 2 Merrow. So

U C I couldn't get 2 the
room where U were.

However I was glad to
hear U were hard at work

Carta jeroglífico para la niña G. Watson, 1869.

Al concluir sus estudios universitarios, y sin duda para complacer a su padre, recibe las órdenes menores. Su carrera eclesiástica terminaría en ese grado: aunque era hombre de firmes y ortodoxas creencias religiosas, carecía de vocación sacerdotal, y, por otra parte, una ridícula y enojosa tartamudez congénita le impedía actuar como predicador.

Pero la tartamudez no le impediría, naturalmente, escribir. En 1854, siendo todavía estudiante, había publicado por vez primera dos obras litera-

rias —un poema y un relato breve— en un periódico provinciano: *The Whitby Gazette*. Y las había firmado, no con su verdadero nombre, sino con las iniciales «B.B.»: dos letras que no encubren intención semántica alguna, pero que denotan que Charles Lutwidge Dodgson sentía, desde el principio, la necesidad de desdoblarse, de situar las facetas de su personalidad a ambos lados de una línea divisoria. A un lado, el clérigo y profesor de matemáticas: el inquilino del Christ Church. Al otro, el poeta y fabulador:

el habitante del sempiterno país de las maravillas. Y cada uno, con un nombre distinto.

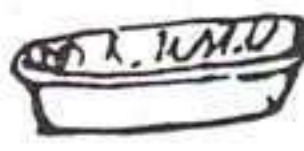

Tardaría un par de años en adoptar un seudónimo definitivo. Había barajado algunos: *Edgar Cuthwellis* (anagrama de Charles Lutwidge), *Edgar U. C. Westhill* (ídem) y *Louis Carroll*. Al fin, aconsejado por Edmund Yates, editor de la revista literaria *The Train*, elige *Lewis Carroll*. Y con ese sobrenombre firma, el 16 de marzo de 1856, en dicha revista, el poema *Solitude*.


learning the

	2	3	4	5
2	4	6	8	10
3	6	9	12	15
4	8	12	16	20
5	10	15	20	25

 for a birthday treat.

	2	3	4	5
2	4	6	8	10
3	6	9	12	15
4	8	12	16	20
5	10	15	20	25

I had just time to look into the kitchen, and your birthday feast getting ready, a nice  of crusts, bones, pills, cotton-bobbins, and rhubarb and magnesia. "Now," I thought, "she will be happy!" and with a  I went on my way.

Your aff^{le} friend




Lewis Carroll.

Como puede observarse, el seudónimo elegido no presenta dificultades etimológicas: «Lewis» es la traducción inglesa del nombre alemán «Lutwidge», que Dodgson lleva en honor al apellido de su madre; y «Carroll», una versión semilatinizada (en correcto latín hubiera sido «Carolus») del nombre inglés «Charles». A partir de entonces, Charles Lutwidge Dodgson y Lewis Carroll convivirán, como el doctor Jekyll y mister Hyde, en un sólo organismo biológico, pero ejercerán funciones dispares, derivadas de

sus respectivas actitudes vitales: el reverendo Dodgson se resignará a envejecer apaciblemente entre los muros del Christ Church; Carroll se negará instintivamente a perder los ambiguos privilegios de la infancia. En alguna ocasión posterior coincidirán sus objetivos; y esa coincidencia les forzará a dejar de ser ellos mismos.

Alice

Aquel mes de marzo de 1856 sería decisivo para Charles Lutwidge Dodg-

son; y no sólo por el nacimiento oficial de Lewis Carroll, sino porque dos sucesos, aparentemente triviales, vinieron a transformar su vida. El 6 de marzo tuvo lugar un primer encuentro con la niña Alice Pleasance Liddell. Y el día 18 del mismo mes adquirió, por quince libras esterlinas, su primera cámara fotográfica. Me atrevo a asegurar que, si no hubiese conocido a Alice Liddell ni comprado una cámara, el reverendo Dodgson se hallaría hoy sepultado, junto con su heterónimo, en la bruma del olvido.

LEWIS CARROLL



J. TENNIEL. ALICIA PARA NIÑOS. LIBERTARIAS, MADRID, 1990.

Quizás algún erudito pudiera mencionar ocasionalmente al autor del *Compendio de geometría algebraica plana*.² Pero nos veríamos privados de unas fabulaciones literarias y de unas imágenes visuales tan hermosas como inquietantes.

La historia es bien sabida. El reverendo Dodgson cultivó la amistad de Alice y sus hermanas, Edith y Lori-

na, hijas de Henry Georges Liddell, clérigo, notable helenista y decano del Christ Church, y fotografió varias veces a las niñas. Y una tarde, concretamente la del 4 de junio de 1862, en compañía del reverendo Robinson Duckworth, residente en el Trinity College, y de las tres hermanas Liddell, emprendió un paseo fluvial por el Támesis. Durante aquel paseo, Le-

wis Carroll, el otro yo de Dodgson, narró las aventuras subterráneas de Alice. Al día siguiente, empezó a escribir el relato; y, como hiciera, siendo niño, en la rectoría de Croft, lo ilustró y lo encuadernó. En noviembre de 1864 regaló a Alice Liddell aquel único ejemplar, manuscrito y con dibujos del autor, de las *Aventuras subterráneas de Alicia*.³ Entre tanto, había iniciado una reelaboración completa del texto, con el propósito de editarlo. Y así fue: en diciembre de 1865 salió de imprenta la primera edición de las *Aventuras de Alicia en el país de las maravillas*,⁴ con ilustraciones —las clásicas efigies que se han hecho inmortales— de John Tenniel. Siete años más tarde, en 1872, aparecería, ilustrada asimismo por Tenniel, la continuación de las aventuras: *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*.⁵

Niñas en la cámara oscura

Pero en 1872 Alice Pleasance Liddell, la Alicia de carne y hueso —que contaba diez años cuando oyó por primera vez el relato de sus aventuras subterráneas—, ya había crecido. Y al reverendo Dodgson, como al «Humbert Humbert» de *Lolita*, la famosa novela de Vladimir Nabokov, no le interesaban las muchachas casaderas, sino las niñas. Acabo de mencionar al reverendo Dodgson; pero, en este caso, igualmente podría haberme referido a Lewis Carroll. Porque, si en algún punto confluyeron las opuestas personalidades de Dodgson y su heterónimo, fue en el amor a las niñas. Es de sobra conocida su paradójica frase: «I am fond of children, except boys» (que podríamos traducir aproximadamente: ‘Me gustan los niños, excepto los varones’). Lewis Carroll dedicó todas sus obras literarias a pequeñas criaturas del sexo femenino; sin embargo, cuando les escribía cartas —y escribió muchísimas—, firmaba siempre: C.L. Dodgson.⁶ Plausiblemente, el fotógrafo que nos ha

LA HISTORIA EN PRIMERA PERSONA

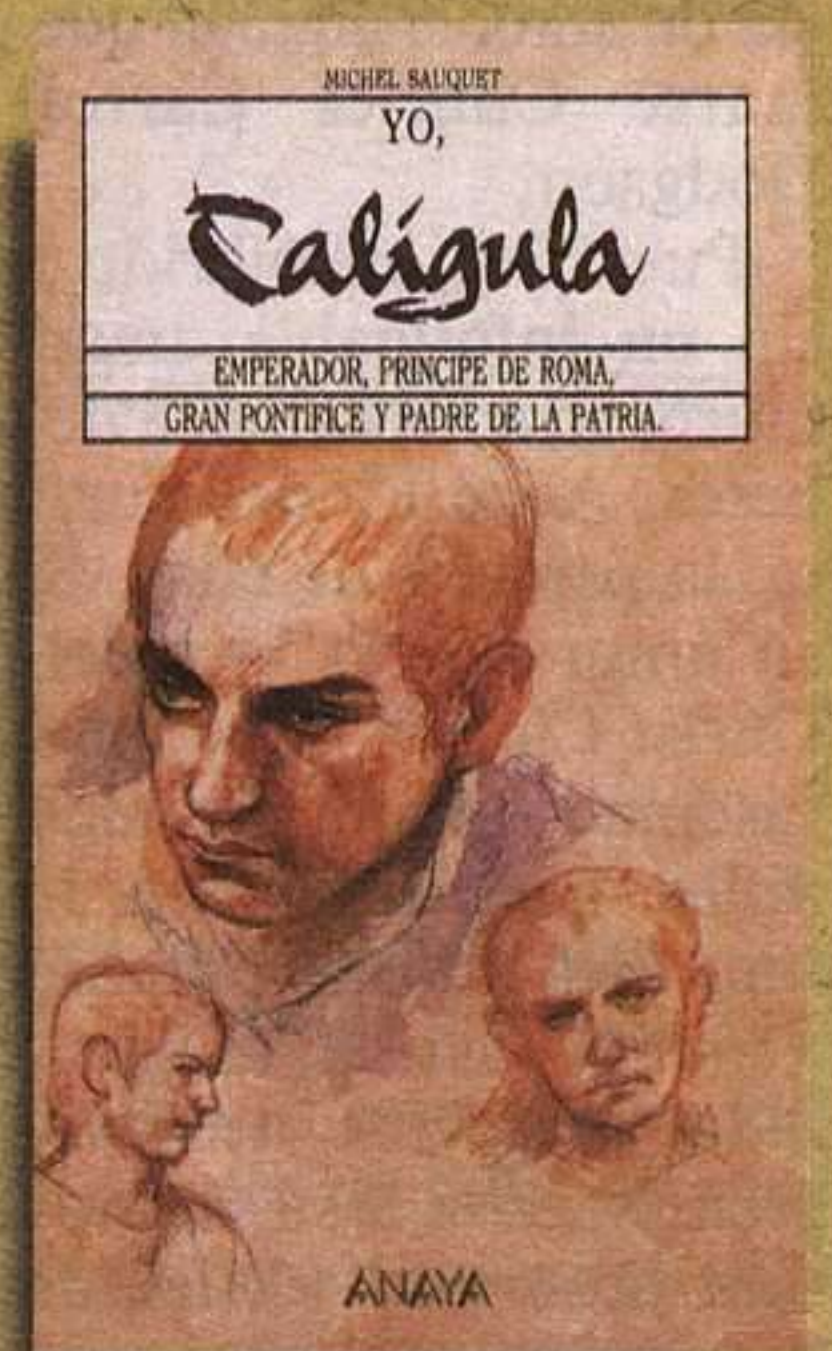
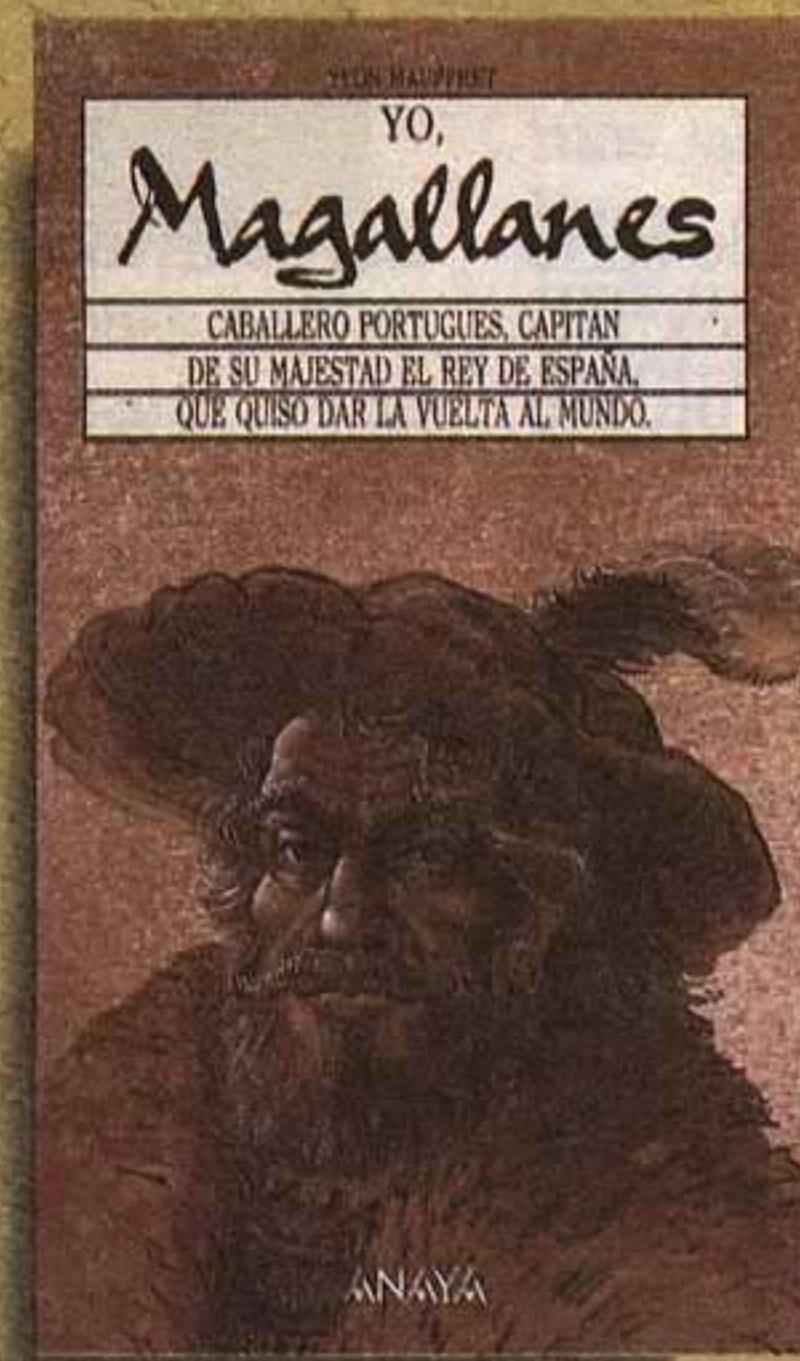
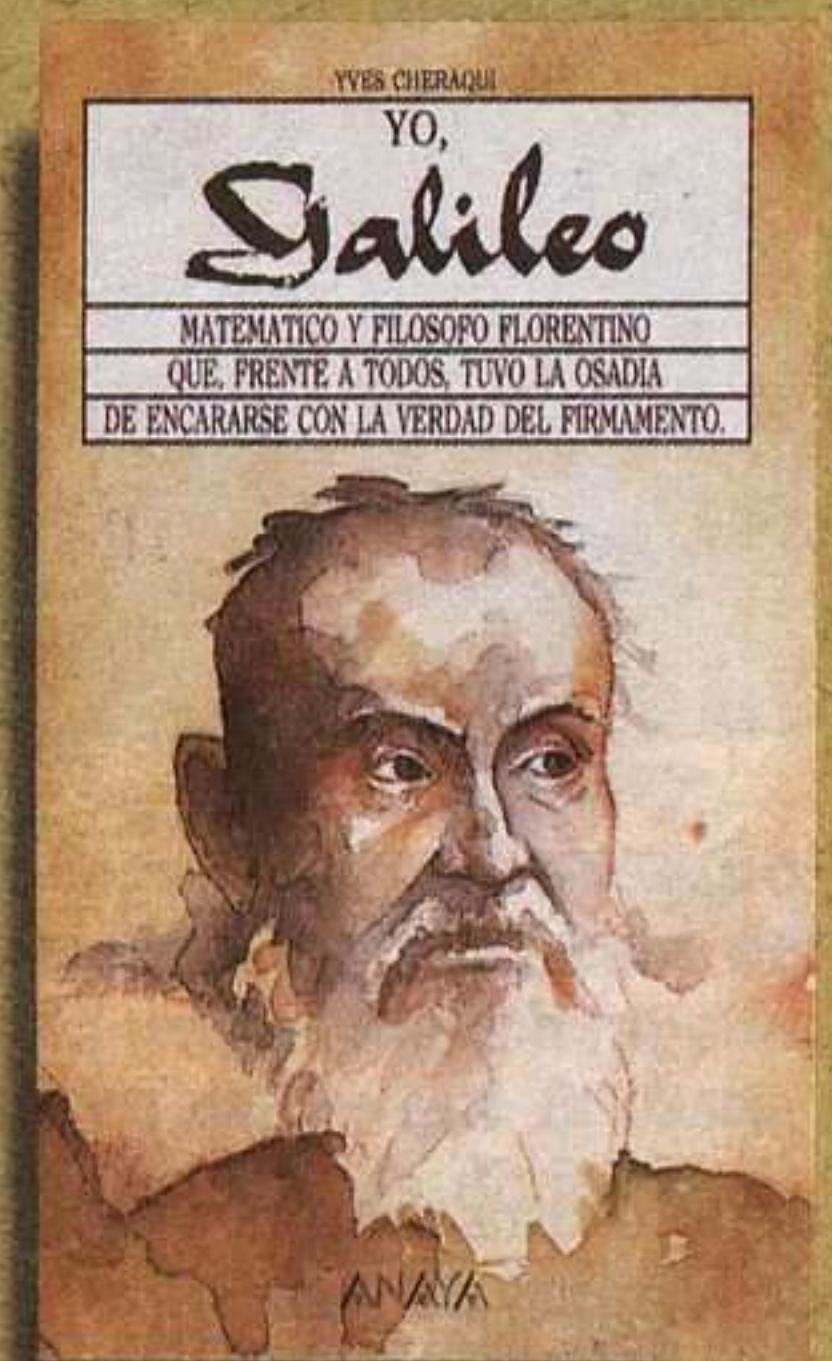
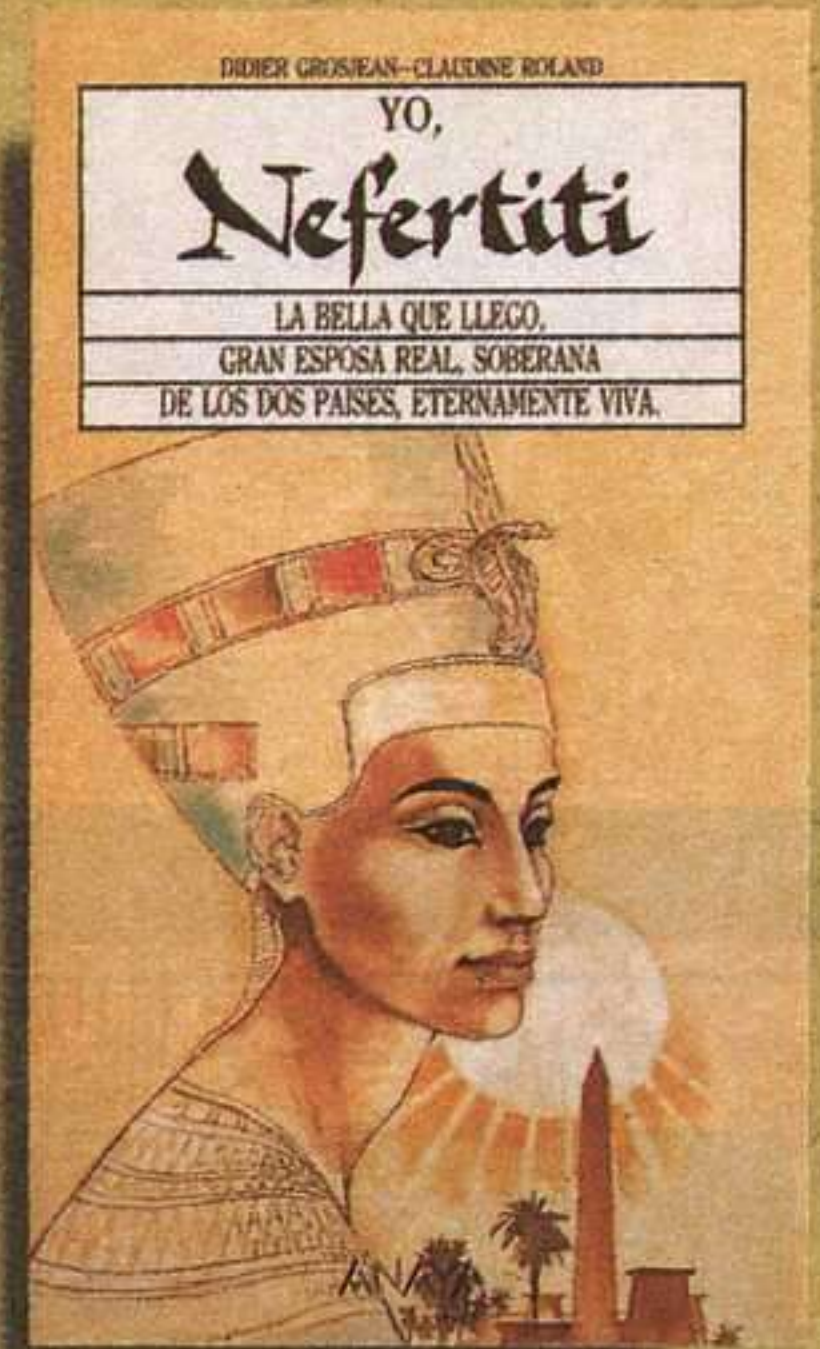
Memorias: YO...

Relatos vivos de los más famosos y polémicos protagonistas de la Historia:

Nefertiti Eric el Rojo

Galileo Magallanes

Calígula



ANAYA
infantil-juvenil

NOVEDAD
EDITORIAL

LEWIS CARROLL



J. TENNIEL. LES AVENTURES D'ALICE. BARCANOVA, BARCELONA, 1990.

dejado una amplia y admirable serie de retratos de profesores, clérigos, damas y hombres ilustres sea el propio Charles Lutwidge Dodgson. Pero el fotógrafo de niñas —y, en especial, el fotógrafo de niñas desnudas— no es exactamente Dodgson, ni tampoco Carroll, sino un tercer personaje, mezcla de ambos: alguien que pudiera llamarse Charles Carroll o Lewis Dodgson.

Pues bien, ese híbrido personaje sería un infatigable amorador, casi un morboso coleccionista de niñas impúberes. Alice Liddell fue, seguramente, la primera de ellas. Sin embargo, su amor por la hija del decano del Christ Church no le impidió sentirse fascinado simultáneamente por otras niñas. Como un Don Juan, llevaba una meticulosa contabilidad de sus «conquistas». Y, al igual que el burador de Sevilla, acechaba, seducía y reemplazaba a sus niñas-amigas con una prontitud vertiginosa: el 25 de marzo de 1863 —cuando no había

transcurrido un año desde el inolvidable paseo por el Támesis—, la lista de sus musas infantiles ascendía nada menos que a ciento siete nombres. En rigor, la vida sentimental de Dodgson-Carroll fue tan sólo una perpetua sucesión de hallazgos casuales, búsquedas afanosas, premeditaciones, acosos, fugaces éxtasis, desencantos, rupturas y olvidos. ¿Qué clase de hechizo innumerable ejercían sobre él las niñas? ¿Qué género de satisfacciones lograba? ¿Qué tipo de relación se establecía entre Dodgson-Carroll y sus impúberes amadas? Docenas de ensayos han pretendido elucidar esas cuestiones desde muy diversos ángulos interpretativos y con muy dispares resultados. Y, así como hay quienes sostienen que Dodgson-Carroll fue un individuo puro y angelical —y yo pertenezco a ese grupo—, otros lo consideran un pornógrafo reprimido por el clima social y las creencias religiosas: en suma, una especie de Barba Azul pusilánime y beato.

Aunque no profeso excesiva devoción a los diagnósticos de ultratumba, presumo que algo de cierto ha de haber en las interpretaciones negativas. No sería gratuito recordar las técnicas de captación empleadas por Dodgson-Carroll. Para ganarse la confianza de las niñas —y también, claro está, la de los padres o personas adultas encargadas de su custodia—, era capaz de llevar a cabo las más audaces y enrevesadas maniobras: recurría a la mediación de amistades comunes, lograba tarjetas de presentación y, de una u otra manera, conseguía introducirse en el domicilio de la niña y tratar a su familia, operación a la que coadyuvaba positivamente su respetable condición de clérigo. Advirtamos que no siempre obtenía el éxito deseado: Mrs. Liddell, la madre de Alice, no ocultaba su antipatía por él. En sus habitaciones del Christ Church tenía, a disposición de sus pequeñas visitantes, todo un arsenal de atractivos señuelos: una gran colección de muñecas —a las que, dicho sea de paso, odiaba—, cajas de música, un enorme surtido de juguetes mecánicos, bombones, caramelos, un organillo, variados disfraces y —s Brayémoslo— un espejo deformante. En tales ocasiones Dodgson-Carroll parecía liberarse de su endémica tartamudez y contaba sin cesar anécdotas e historias fantásticas. Los testimonios posteriores de algunas de estas niñas (Gertrude Chataway, Isa Bowman, Margaret Mayhew, Hettie Rowell, Ruth Gamlen) nos dan fe del encanto personal y de la amabilidad infatigable de Dodgson-Carroll para con ellas. «Los trucos y la diplomacia desplegados por este tímido pastor anglicano —ha escrito el fotógrafo húngaro-francés Brassai— son singularmente análogos a los manejos de un seductor impenitente.⁷ Y esos manejos serán aún más sutiles y tortuosos cuando pretenda obtener la fotografía de una niña desnuda. Guiado por una infalible perspicacia social, no escoge, para esta clase de fo-

«Silvia y Bruno»

«He pretendido que esta traducción* sea lo más fiel posible al texto original. Cuando una determinada expresión o un juego de palabras —tan abundantes en Lewis Carroll— eran literalmente intraducibles, recurrí a versiones analógicas o aproximativas que, a mi entender, no alteraban ni traicionaban el sentido del texto.»

«He conservado, aún pareciéndome en muchos casos innecesarias, ciertas peculiaridades caligráficas: palabras y frases en letra cursiva, mayúsculas iniciales absolutamente gratuitas, excesivos entrecorillados y signos de admiración. Carroll se complace en enfatizar tipográficamente la narración; pero admitamos que ese énfasis, que hoy se nos antoja desmesurado, era moneda corriente en un gran sector de la literatura de su tiempo. He respetado igualmente un gran número de cacofonías y reiteraciones. Lewis Carroll no era lo que suele denominarse un «estilista», y, en vez de emplear sinónimos o soluciones perifrásticas, repetía tranquilamente la misma palabra: así, por ejemplo, en las acotaciones de los diálogos, es frecuente que, en lugar de servirse de fórmu-



las alternativas ('declarar', 'manifestar', 'indicar', 'observar', etc.), use una y otra vez el verbo 'decir'.»

«Consideración aparte merecen los numerosos poemas, ajenos o propios, que jalonan el libro. He intentado traducirlos literalmente, pero procurando ajustarme a la rima de cada uno de ellos. Esa versificación sistemática ha determinado que, en algunos casos, la traducción sea más



literaria que literal. Por otra parte, no creo necesario advertir al lector de que, siendo la lengua inglesa mucho más sucinta y flexible que la castellana, la versión rimada de los poemas me ha obligado casi siempre a ampliar su métrica: de ahí que los heptasílabos ingleses puedan haberse transformado en endecasílabos castellanos, los endecasílabos en alejandrinos, etc.»

Santiago R. Santerbás.

* *Silvia y Bruno*, Anaya, Madrid, 1989.

tos, a las hijas, sobrinas o nietas de sus amigos de Oxford, sino a niñas de familias más humildes y, primordialmente, a actrices infantiles. No por ello sus relaciones con estos modelos son menos corteses. Siempre trata a las niñas con exquisita delicadeza; y se niega a fotografiar a quienes la to-

tal ausencia de ropa pudiera causar molestia o vergüenza. Dodgson-Carroll es, en el peor de los casos, un *voyeur*, un mirón crónico e irredento, un Peeping Tom victoriano; pero nunca, por así decirlo, pasa a mayores. Viola, profana las intimidades, las almas; no los cuerpos.

Auto de fe

La copiosa correspondencia y los minuciosos diarios de Charles Lutwidge Dodgson nos revelan que, durante el mes de julio de 1879, fotografió a un gran número de niñas de ocho a doce años completamente desnudas

EL PODER DE LA SINTESIS

"A todo gas" es muy académico. Especialmente dirigido a las academias. Esta colección está pensada para que el alumno estudie el resumen, la síntesis de los temas.

Temas editados hasta hoy:

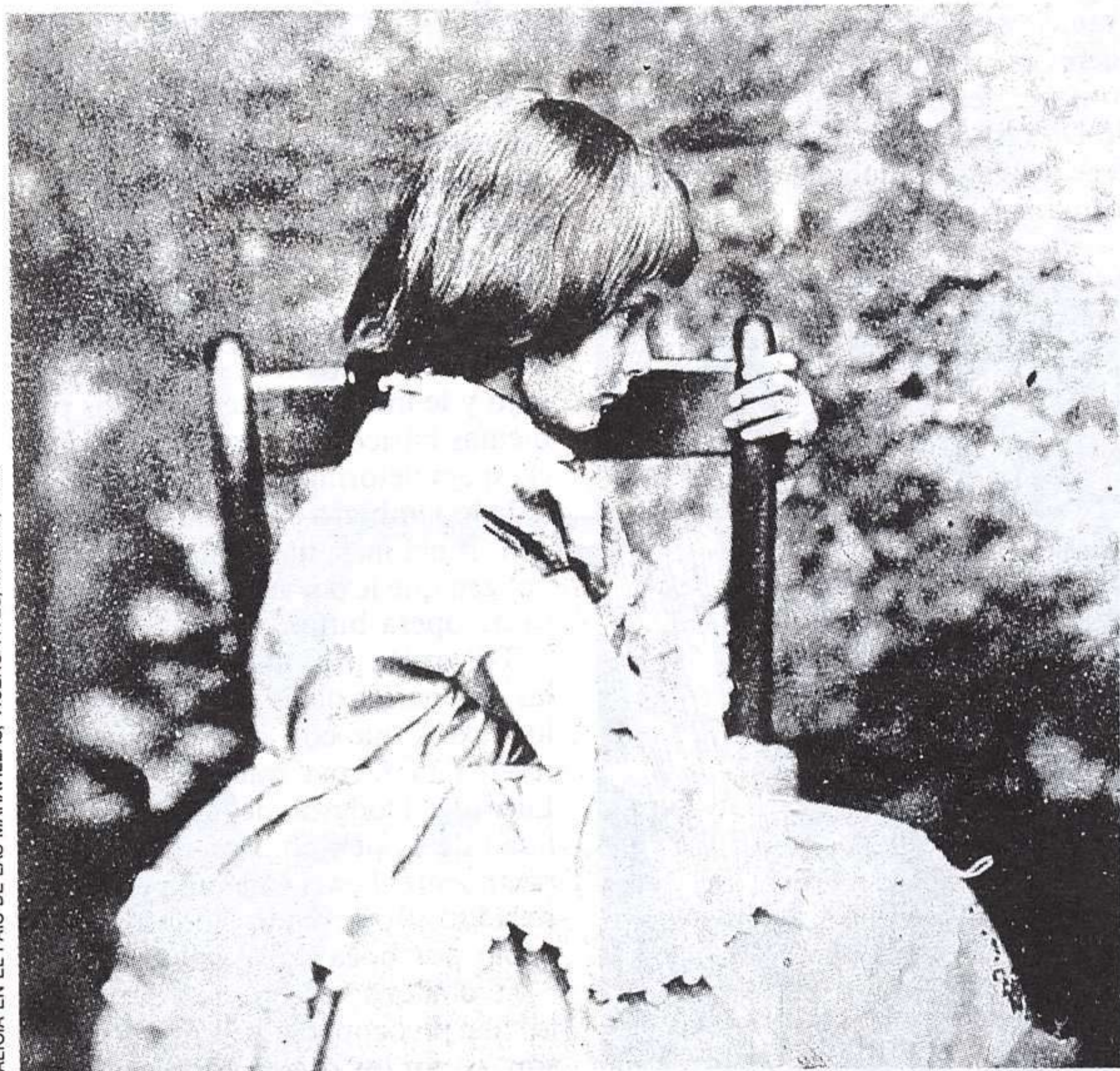
- *Matemáticas* • *Administración comercial* • *Útiles para la comunicación*
- *Comercio internacional* • *Economía de Empresa.*



ED
DIDASCALIA

Plaza Ciudad de Salta, 3 - 28043 Mad

LEWIS CARROLL



ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS, VICENS-VIVES, MADRID, 1988.

Alice Liddell en el jardín del decanato del Christ Church.

(o, empleando el eufemismo que solía usar el propio fotógrafo, *dressed of nothing*: vestidas de nada). Es har- to improbable que supiera que, por esas mismas fechas, un burdel de Londres había publicado y difundido clandestinamente una serie de fotografías de niñas-prostitutas que también aparecían totalmente desnudas y cuya edad no superaba la de las modelos de Dodgson-Carroll. En una hoja de propaganda que acompañaba a la colección de fotos, se aseguraba que tales criaturas podían emular las proezas eróticas que antaño hicieran famosas a Sodoma, Gomorra y Babilonia.

Unas y otras —las niñas virginales fotografiadas por Dodgson-Carroll y las pequeñas ramerías londinenses— eran las dos caras de una misma moneda. O, si se prefiere, una idéntica fi-

gura situada a ambos lados de un espejo infranqueable.

Dodgson-Carroll era un defensor teórico del desnudo integral en la fotografía de niñas, y sus cartas nos ofrecen abundantes y unívocas declaraciones al respecto. Sin embargo, su conciencia puritana no debía de sentirse absolutamente tranquila. Porque en 1880 —año en que, precisamente, Alice Liddell, que ya contaba los veintiocho, contrajo matrimonio con Reginald Hargreaves, otro antiguo alumno del Christ Church— Dodgson-Carroll arrinconó para siempre la cámara y devolvió o intentó devolver los desnudos fotográficos a las modelos que habían posado para realizarlos. No pudo localizar a todas: eran demasiadas —al parecer, la colección de niñas desnudas ocupaba doce gruesos álbumes—, y algunas de ellas, acaso

las pertenecientes a la más baja categoría social, habían desaparecido sin dejar rastro. Entonces, llevando a cabo un sacrificio incruento pero doloroso —pues doloroso es aniquilar las apoyaturas de la memoria—, destruyó las placas y quemó las copias.

Años finales

El holocausto fotográfico nos privó de la oportunidad de contemplar una presumiblemente bella e insólita serie de imágenes; en contrapartida, hizo posible que Dodgson-Carroll volviera a desdoblarse y recobrar su habitual dualidad, su fructífera y sosegada esquizofrenia. El reverendo Charles Lutwidge Dodgson publicaría unos ensayos sobre Euclides; Lewis Carroll reanudaría la laboriosa y agotadora composición de *Silvia y Bruno*, su polémico canto del cisne.

Se acercaba el final. Y las niñas-amigas continuaban poblando su corazón. A una de ellas, la actriz infantil Isa Bowman —que había interpretado el papel de «Alicia» en una versión teatral de la obra—, le dedicaría, en un ingenioso acróstico, la primera parte de *Silvia y Bruno*, publicada en 1889 con ilustraciones de Harry Furniss.⁸ Otra niña, Enid Stevens, hija de un cirujano londinense, fue la dedicatoria —en otro acróstico más complejo, formado por las terceras letras de cada verso— de la segunda parte de la novela, aparecida en 1893.⁹

Lewis Carroll no volvió a dedicar más libros a niñas-amigas. Se refugió en la levita diaconal de su heterónimo. Y murió —¿o acaso valdría decir: «murieron»?— en «The Chestnuts», la casa que sus hermanas poseían en Guildford (Surrey), el 14 de enero de 1898. Fue enterrado en el cementerio parroquial bajo una sencilla cruz de mármol que recogía los dos nombres que usó en vida.

Aquel mismo año se publicó, con carácter póstumo, *Tres ocasos y otros poemas*.¹⁰ Se trataba de un pequeño

libro ilustrado por Gertrude Thomson, dibujante que, en más de una ocasión, había actuado como «mediadora sentimental» de Dodgson-Carroll. Las ilustraciones representaban, cómo no, a niñas desnudas.

El hombre y la realidad

El ciclo vital de Charles Lutwidge Dodgson coincide casi exactamente con los límites cronológicos de la era victoriana: viene al mundo en 1832, cinco años antes de la ascensión de Victoria al trono; y muere tres años antes que ella. Sin embargo, tanto el reverendo Dodgson como su heterónimo procuran eludir cuidadosamente todo contacto con las facetas menos agradables del país y la época en que les ha tocado vivir. Dodgson reparte sus bien ordenadas horas entre las clases de matemáticas, las prácticas piadosas, la lectura, las reuniones académicas y las visitas a sus distinguidas y ejemplares amistades; Carroll brujulea por un universo de papel anubarrado de sueños y fantasías. Ninguno de los dos frecuenta las tabernas,¹¹ no callejea por barrios bajos, ni participa en actos populares, ni conoce de cerca el hambre, el vicio y la miseria.

Conste que, al formular estas observaciones, no pretendo sustentar la teoría —tan grata a los secuaces del social-realismo— de que todo escritor que se precie de serlo debe conocer y reflejar objetivamente la estructura social y económica de su tiempo. No lo considero forzosamente así; y escritores tan excelentes y, a la vez, tan ajenos a su realidad histórica como Jorge Luis Borges, Isak Dinesen o Marcel Schwob vienen a abonar la tesis contraria. Lo único que pretendo es sugerir que, si Dodgson y Carroll vivieron de espaldas a la realidad de la Inglaterra victoriana, fue porque ambos vivieron de espaldas a sí mismos. Es difícil asegurar si se complacían en la práctica del autoengaño o si —lo que juzgo más probable— no

eran capaces de evitarla. Fuere como fuere, no estimo casual que, en las confortables habitaciones del reverendo Dodgson en el Christ Church College de Oxford, hubiera un espejo deformante.



ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS, VICENS-VIVES, MADRID, 1988.

«Alicia» por Carol Owen.

Pero vayamos por partes. Es decir: situemos ante el espejo, ordenada y sucesivamente, a Charles Lutwidge Dodgson, a Lewis Carroll y, por último, y aun a riesgo de no hallar ubicación especular, a ese extraño híbrido llamado Dodgson-Carroll.

El reverendo ante el espejo

El reverendo Charles Lutwidge Dodgson, hombre atildado, puntilloso y ligeramente tartamudo, solterón recalcitrante, profesor de matemáticas, experto en lógica formal, aficionado al teatro y a las relaciones epistolares y enemigo del tabaco y de los deportes violentos, se sitúa ante el espejo y le interroga acerca de los problemas básicos de su existencia. Pero el espejo deformante es —como ha señalado Umberto Eco— una «prótesis con funciones alucinatorias»; y la imagen que le devuelve, un «fragmento de ópera bufa».¹²

Tal vez los prólogos que encabezan las dos partes de *Silvia y Bruno* sean los textos que con más claridad nos revelen la forma que tenía Charles Lutwidge Dodgson de afrontar la realidad de su tiempo. Los suscribe, naturalmente, Lewis Carroll; pero es, en puridad, el reverendo Dodgson quien habla por boca de su heterónimo.

¿Y cuáles son los temas sustanciales que preocupan al reverendo Dodgson, o, por decirlo en sus propias palabras, las reflexiones que concuerdan con «las más profundas cadencias de la Vida»?

En primer lugar —y no me atengo a su grado de importancia, sino al orden de dichos prólogos—, la edición de una Biblia para niños en la que habrían de suprimirse todos los pasajes referentes a pecados y castigos; lógicamente, uno de los episodios suprimidos sería el del Diluvio Universal. Como se advertirá, el proyecto no podía ser más peregrino: a fin de cuentas, la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, no es sino una sangui-naria recopilación de faltas humanas y sanciones divinas. Por otra parte, la supresión del Diluvio Universal hubiera provocado hondo malestar en los niños de la Inglaterra victoriana, pues entre sus juguetes predilectos —que aún podemos admirar en museos y tiendas de antigüedades— figuraban unas pequeñas arcas de Noé con sus



NIÑAS. LEWIS CARROLL, LUMEN, BARCELONA, 1984.

Alice Liddell como «pequeña mendiga».

correspondientes parejas de animales. Sigamos adelante. Otro proyecto editorial: una versión expurgada de Shakespeare para uso y disfrute de ni-

ñas impúberes. Recordemos que, desde 1818, existía el *Family Shakespeare*, una edición expurgada por el médico escocés Thomas Bowdler; tan

famosa llegó a ser que daría lugar a un nuevo vocablo inglés, *to bowdlerize*, sinónimo de «expurgar». Pues bien, al reverendo Dodgson se le antoja que el doctor Bowdler no ha limado suficientemente las crudezas shakesperianas. Es lícito suponer que nunca pensó dedicar esa hipotética edición de Shakespeare a los centenares de niñas-prostitutas que vendían sus cuerpos en las calles y los lupanares de las grandes ciudades británicas.

Pasemos al tercer problema básico: la presumible inmoralidad de ciertos espectáculos teatrales. Y adivinemos sin excesivos quebraderos de cabeza que, sobre esta cuestión, se cierne la sombra del padre de Charles Lutwidge Dodgson. El rector de Croft abominaba de los espectáculos mundanos y, particularmente, del teatro. Para no contrariar a su padre, el joven Dodgson renunció a asistir al teatro en vida de aquél. Pero, después de su muerte, acaecida en 1868, se convirtió en un asiduo de las candilejas. No le gustaban las obras serias o trascendentes, sino las que hoy denominaríamos «de evasión»: las operetas, las comedias, las pantomimas infantiles. Sin embargo, el espectro paterno le obliga a reflexionar sobre la inconveniencia moral de algunos espectáculos. Y, reaccionando muy clericalmente, propone un dilema ético digno de los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola: el de la eventualidad de morir mientras se contempla una obra teatral. El dilema propuesto por Dodgson demuestra una actitud de exagerada gazmoñería, pues los espectáculos que se ofrecían en los escenarios de la Inglaterra victoriana eran, por lo general, de una irreprochable candidez; hasta los últimos años del siglo XIX no haría su aparición un comediógrafo tan elegantemente corrosivo como Oscar Wilde. Por otra parte, el puritano Dodgson parece olvidar que el mundo del teatro es uno de los cotos donde más fácilmente puede cobrar las piezas adecuadas para sus desnudos fotográficos.